



Hay quienes ofrecen sus opiniones y razonamientos desde una especie de atalaya. Miran desde arriba, lanzan afirmaciones indiscutibles, muestran poco aprecio a lo que digan los demás, buscan imponerse como quien está totalmente seguro de su superioridad.

Otros tienen un modo de hablar sereno, amable, sencillo, casi humilde. En muchos casos están totalmente convencidos de que tienen la razón, pero no muestran actitudes impositivas ni desprecian a quienes tienen otros puntos de vista.

En las continuas relaciones que establecemos como seres humanos, es difícil hablar con quienes adoptan el primer tipo de actitudes, con quienes actúan como dictadores de las ideas que aplastan a los "adversarios". En cambio, es agradable y provechoso construir un diálogo con quienes saben razonar amablemente.

Por eso, cuando entramos en relación con familiares, amigos, conocidos, compañeros de trabajo, podemos estar seguros de nuestras convicciones, al mismo tiempo que buscamos ofrecer nuestros argumentos con simpatía y con una sana humildad.

Como también sentimos alegría al encontrar educación en las palabras en quienes, convencidos de sus ideas, saben expresarlas de modo sereno, agradable, acogedor.

En un mundo donde las tensiones y los conflictos llevan a choques no solo de palabras sino, por desgracia, también de manos y de armas, esforzarnos por razonar amablemente llevará a mejorar las relaciones, a construir puentes y, sobre todo, a caminar suavemente hacia la verdad, una meta que deseamos desde lo más íntimo de nuestras aspiraciones humanas.

